

Llàtzer Moix



## Mal rollo

Ciertas personas necesitan leer a articulistas que les irritan, del mismo modo que un adicto necesita su dosis. Algunos devoran los artículos de Rosa Montero porque aprecian en ellos un cóctel de feminismo y ramplonería que les enerva. Otros leen a Juan Manuel de Prada porque confían en que la prosa algo antañona de este autor desencadene sus demonios. Cito a estos dos autores a título de ejemplo y ruego de inmediato su perdón, porque el repertorio de articulistas odiables es infinito y nos incluye a todos. El asunto depende, en buena medida, de las fobias del lector.

Esta paradójica atracción por lo que nos repele es de efectos leves cuando se basa en criterios estéticos, y más nociva cuando uno busca enervarse escuchando a quienes vocean opiniones políticas contrarias. Porque voceadores nunca faltan. Sin ir más lejos, el diario *El Mundo* suele echar mano de supuestas conspiraciones para agitar la política nacional, a fin de acomodarla a su línea editorial. Como esto no es sencillo cuando la ciudadanía conserva el uso de razón y el derecho a voto, tales agitadores recurren con frecuencia a la lapidación verbal de sus víctimas, enrañando la convivencia.

Este recurso al insulto, sedimentado

Los tertulianos dados al insulto saltan de la prensa y la radio a la televisión

en cierta prensa, ha alcanzado en la radio, sobre todo entre las estrellas de la Cope, cotas dignas de proceso y condena. De paso, ha incrementado la legión de enganchados, que reclaman a diario una dosis mayor. Todos ellos están de enhorabuena, puesto que el tertulianismo radical está haciéndose un hueco en televisión, a codazos con los *reality shows*, merced a la cadena Intereconomía, cuyos debates nocturnos son éxtasis para los yonquis del mal rollo. Fluyen en estas sesiones la arrogancia, la descalificación y el denuesto. En su mesa asimétrica, cuatro tertulianos antiguernamentales machacan a menudo a un quinto más o menos progresista, bajo la dirección de un *moderador* que les azuza contra la tropa de ZP, como el perrero azuza a la jauría, dicho sea esto sin ánimo lesivo, sino en sintonía con el cinagético caso *Bermejo*, que les ha tenido muy entretenidos.

Cada cual es libre de dedicar su ocio al espectáculo que prefiera. Aunque sea tan áspero y partidista como el referido. Pero conviene recordar que esta opción es una entre tantas. Pueden hacerse otras cosas. Por ejemplo, leer *El factor humano* (Seix Barral / La Campana), de John Carlin, emotivo libro sobre la reconciliación nacional de Sudáfrica, un país donde el odio racial parecía un tumor del tamaño de una sandía, inextirpable; donde un teólogo de la Iglesia Reformada Holandesa llegó a sostener que las leyes segregacionistas seguirían vigentes en el cielo, y donde Mandela, echando mano de la persuasión, la razón y los buenos modales, logró seducir a sus rivales y conducir a un país fracturado, al borde del abismo, hacia un futuro mejor. Fue otra manera de comportarse. Y aún es posible. También aquí.